



Vecinos de La Habana pasan delante de un mural en defensa de la revolución el pasado mes de julio.

LORCA EN LA HABANA

En 1930, el poeta descubrió en la capital cubana uno de los más hermosos rostros de la hispanidad: el afrocaribeño. Lo africano encontró el modo propicio de aparearse con lo ibérico al son de la rumba. Los cubanos no lo han olvidado y nosotros tampoco.

Javier Valenzuela



Oshun y Changó hablan castellano en La Habana. Con un acento dulce como la caña de azúcar, te susurran que bailes, que lo hagas con alegría y hasta lujuria, que añadas tu danza, por torpe que sea, al incesante movimiento de los astros, a la incesante copulación de los seres vivos. Y tú rompes a bailar, claro que sí. En cualquier taberna, en cualquier cabaret, en cualquier rincón desastrado.

Te pones a bailar para celebrar el gozo de estar vivo en La Habana.

Oshun es la estrella femenina del panteón yoruba, la diosa del amor y la maternidad. Changó es su equivalente masculino, la insignia del rayo y la virilidad. Los dos vienen de África y tienen la piel oscura, los dos hablan la lengua de Cervantes en esta bahía de color esmeralda.

La Habana es la capital mundial de una de las más hermosas variantes de la hispanidad: la afrocaribeña. Aquí el español se siente tan en casa como en Andalucía o Canarias, pero con el añadido de una nueva y poderosa dimensión: la que conecta con el continente negro. Sabemos que esta dimensión no llegó de buen grado hasta aquí. La trajeron secuestrada y encadenada, en los ataúdes flotantes de los barcos esclavistas. Católicos o protestantes, latinos o anglosajones, los amos blancos de las Américas eran drogadictos de la mano de obra fuerte y barata. Sin embargo, sabemos también que, una vez en Cuba, lo africano encontró el modo de aparearse con lo ibérico al propicio son de la rumba. Sin demasiados reproches, de modo generalmente gozoso. De este apareamiento nació lo cubano.

Así lo vivió Federico García Lorca en el trimestre que pasó en Cuba, en la primavera de 1930. Un trimestre intenso, apasionado, frenético en ocasiones, en el que el poeta granadino, a tenor de sus propios testimonios y los de sus acompañantes, fue particularmente libre y feliz. La isla caribeña le reveló la existencia de una negritud tan sufrida y pobre como la que acababa de conocer en Nueva York, pero mucho más cercana y amistosa. La descubrió en negros y mulatos, pero también en blancos, porque, como bien dijo el viajero, todos los cubanos llevan “gotas de sangre negra”. Gotas físicas o culturales.

“LOS CUBANOS

RECIBIERON A LORCA

COMO SIEMPRE RECIBEN

A LOS ESPAÑOLES: COMO

A UN HERMANO QUE

REGRESA A CASA”

Nacido en 1898, el año en que España perdió Cuba, Lorca creció en la Vega de Granada escuchando el perenne lamento por aquella catástrofe, deleitándose con las habaneras que cantaba su tía, maravillándose ante las ilustraciones de las cajas de puros habanos que fumaba su padre. En 1922 iniciaría su larga amistad con el diplomático cubano José María Chacón y Calvo, el primero en dar a conocer en la isla la obra del granadino. El *Romancero gitano* se agotaría en las librerías habaneras, el poema *La casada infiel* causaría furor en la ciudad.

A instancias de Chacón y Calvo, Lorca terminó siendo invitado a dar varias conferencias en La Habana. Su llegada –en barco, desde Florida, el 7 de marzo de 1930– fue anticipada por la prensa local como la del más eminente poeta español del momento. La acogida en el puerto fue cordialísima, la asistencia a las conferencias numerosa y entusiasta. El escritor José Lezama Lima, entonces un joven estudiante, sería uno de aquellos asistentes.

El amarillo de Cádiz

La Habana deslumbró a Lorca. “Pero, ¿qué es esto? ¿Otra vez España? ¿Otra vez la Andalucía mundial? Es el amarillo de Cádiz con un grado más, el rosa de Sevilla tirando a carmín y el verde de Granada con una leve fosforescencia de pez”, les contó a sus padres en una carta. En La Habana, Lorca fue incluso más simpático de lo habitual, como si la ciudad lo desinhibiera, le animara a dar rienda suelta a sus rebeldías, irreverencias e iluminaciones.

Sus anfitriones –españoles y cubanos– le mimaban, le reían las gracias, le proponían experiencias insólitas. Los hermanos Loynaz le acogieron con frecuencia en su casa encantada de El Vedado. Allí Lorca tocaba el piano, cantaba, escribía, dibujaba, bebía whisky con soda y mantenía charlas disparatadas. Su favorita entre los Loynaz era Flor, siempre festiva, capaz de convertir cualquier frase o acto en un hecho poético, como su huésped andaluz. Y por supuesto, Lorca, con estos u otros amigos, como el musicólogo español Adolfo Salazar o el poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, iba por las noches a la hermosa y señorial Habana Vieja, a los garitos del puerto, a las tabernas de la playa de Marianao.

El son de Santiago de Cuba comenzaba entonces a expandirse por la bulliciosa noche habanera. Lorca lo escuchaba a negros y a los mulatos ebrios de ritmo y de ron, y no tardaba en sumarse a ellos con una gracia igualmente ancestral. “Los morenos”, recordó Adolfo Salazar, “reían complacidos, haciéndole grandes cumplimientos. Esto le encantaba”. Lorca se lo pasaba también estupendamente en los espectáculos bufos del Teatro Alhambra, basados en los personajes arquetípicos del negrito, el gallego, la mulata, el homosexual y el chino. Incluso llegó a visitar uno de los burdeles de la ciudad, quedándose sorprendido por lo que llamó su suntuosidad.

A Lorca le fascinaba la capacidad de los cubanos para sacar música de timbales, botellas, sartenes y bocinas. A los viajeros de nuestros tiempos les asombra su ingenio para reparar coches americanos de los años 1950 y reciclar casi cualquier cosa. Ayer y hoy, Cuba sorprende por su creatividad. Es notable que un país tan relativamente pequeño haya podido producir tanto talento artístico. Benny Moré, Miguel Matamoros, Pérez Prado, Barbarito DÍez, Compay Segundo, Celia Cruz, Omara Portuondo, entre los músicos. Alicia Alonso y Carlos Acosta, entre los bailarines. José Martí, Dulce María Loynaz, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Lezama Lima, Reinaldo Arenas, Leonardo Padura, entre los escritores. Tomás Gutiérrez Alea, Juan Padrón, Mirtha Ibarra, Jorge Perugorría, entre los cineastas.

En 1930 Cuba vivía un momento político convulso tras el fraudulento segundo ascenso a la presidencia de Gerardo Machado. Eran frecuentes las huelgas y manifestaciones, con las que, según cuentan, Lorca simpatizaba. La prosperidad económica también comenzaba a deteriorarse por la crisis mundial de 1929 y el desplome de la venta de azúcar. Continuaba, en cambio, la efervescencia intelectual. Triunfaban las corrientes literarias vanguardistas y la poesía negrista de Nicolás Guillén, que aquella primavera publicó sus ocho *Motivos de son*.

Los cubanos recibieron a Lorca como siempre reciben a los españoles: como a un hermano que regresa a casa. Nicolás Guillén así lo hizo desde la cena inicial que compartió con el granadino en un restaurante próximo a la Catedral. Enseguida los dos descubrieron que compartían picardía y vitalismo, y que estaban intentando hacer lo mismo: llevar la cultura popular a la poesía contemporánea, Guillén con la música negra cubana, Lorca con el cante jondo. Al poco de aquella cena, el granadino hasta se atrevería a hacerse eco del cubano escribiendo su poema *Son de negros en Cuba*.

Siempre he dicho que yo iría a Santiago en un coche de agua negra, dice Lorca en ese poema. Así fue, al parecer. Lorca, que en La Habana podía desaparecer durante dos o tres días, y que, según Ian Gibson, llegó a pasar una noche en una comisaría por una aventura homosexual, se escapó un tiempo a Santiago de Cuba. Fue una excursión de la que no quedan muchos testimonios. Una excursión semiclandestina, a lo mejor amorosa, seguramente hedonista. En cuanto al misterio del significado del “coche de agua negra”, Lezama Lima pensaba que era una alusión a la puesta del sol en el horizonte, “el caer de una cascada sombría detrás de las paredes donde se lanzan al asalto los cornetines del bailongo”.

A través del cante, el baile, la conversación y el amor, Lorca debió vivir en Cuba epifanías que le reconciliaron con su cuerpo y le liberaron de algunas de las heridas del alma que arrastraba. A nadie o casi nadie le importó su condición sexual. A nadie o casi nadie le molestó su efusividad. Una nota periodística de la época aseguraba que el poeta español estaba completamente *aplantado*, es decir que se comportaba, para gusto de todos, como un habanero más. “Esta isla”, escribió a sus padres, “es un paraíso. Si yo me pierdo, que me busquen en Andalucía o en Cuba”. Y en otra misiva les contó: “La Habana es una maravilla, tanto la vieja como la moderna. Es una mezcla de Málaga y Cádiz, pero mucho más animada y relajada por el trópico. El ritmo de la ciudad es acariciador, suave, sensualísimo y lleno de un encanto que es absolutamente español, mejor dicho, andaluz. La Habana es fundamentalmente española, pero de lo más característico y más profundo de nuestra civilización. Yo naturalmente me encuentro como en mi casa”.

Dejar de vivir en 1959

Cumplió 32 años bajo la candela de Cuba. Una semana después, el 12 de junio, embarcó de vuelta a España. Pero su relación con la hispanoafricanidad no terminó con ese viaje, ni tampoco con su asesinato por los franquistas en agosto de 1936. Lorca llevó a Cuba en su corazón hasta el final, y hasta hoy Cuba lo lleva a él en el suyo. En su libro *García Lorca y Cuba: todas las aguas* (Diputación de Granada, 2004), Urbano Martínez Carmona analiza la gran influencia que el granadino ha tenido y sigue teniendo en las artes cubanas. “García Lorca”, escribe, “se convirtió en la figura heroica más cantada por los cubanos”.

Lorca tenía razón: los españoles no podemos ni debemos olvidarnos de La Habana. En ninguna circunstancia, podemos dejar

“RECUERDO LOS CARTELES ANUNCIANDO QUE NO HABÍA CAFÉ Y MI SORPRESA PORQUE NO HUBIERA CAFÉ EN LA CAPITAL DEL CARIBE”

abandonados a los cubanos. No cabe el menor tipo de consideración politiquera o partidista en este asunto. De todos los pueblos latinoamericanos, ellos son nuestros parientes más próximos. No podemos castigarlos porque su gobierno o su régimen sea tan incompetente como autoritario, tan burocrático como bravucón. Tampoco debemos dejar de exhortar a sus dirigentes a que dejen de vivir en el 1 de enero de 1959.

Ahora la vida no es fácil en La Habana, no es fácil. He estado allí unas cuantas veces y las penurias de sus habitantes siempre me han mordido el corazón tanto o más que los gozos isleños. De mi última visita, el pasado mayo, recuerdo la imagen de un decrepito *jeep* recién averiado en el Malecón frente a uno de los edificios leprosos de Centro Habana. Ante el capó levantado, su conductor componía el rostro canónico de la desolación. Recuerdo también las colas resignadas de las mujeres para comprar lo único que los comercios públicos ofrecían ese día: croquetas. De lo que fuera, pero croquetas y solo croquetas. Y recuerdo los carteles anunciando que no había café y mi sorpresa porque no hubiera café en la capital del Caribe. No, la culpa no podía ser tan solo del embargo estadounidense.

¿Cómo explicar si no las constantes propuestas callejeras para cambiar tus euros por pesos cubanos a un tipo mucho más favorable que el oficial? Resultaba que el Gobierno había tenido la ocurrencia de inventar un sistema de tarjetas de crédito para comprar en algunos comercios, pero esas tarjetas había que rellenarlas previamente con euros o dólares, los que enviaban familiares emigrados o podían conseguirse de los turistas. El sueldo de uno de los excelentes médicos de la sanidad pública cubana equivalía entretanto a unas cuantas decenas de euros mensuales. No, era evidente que allí había algo que no funcionaba.

El último día mi última estancia en La Habana se derrumbó el Hotel Saratoga, que pronto iba a reabrir sus puertas tras una rehabilitación. El accidente dejó decenas de muertos y heridos, y la sensación de que las chapuzas no son un buen negocio. Y sin embargo, Oshun y Changó seguían danzando por la ciudad. Instándote a gozar del sol, del viento, del mar, de la música, del ron, de la melosa, divertida y carnal convivialidad de los cubanos. Hablaban en castellano. El de Cervantes y, desde hace un siglo, también el de Lorca. ■